

LUIS FELIPE GUERRA Y LA PRESENTACION DE LA FILOSOFIA*

Hugo García Salvatecci

Leemos en los "Proverbios" que "la justicia salva de la muerte". Y precisamente estamos aquí reunidos para dar testimonio de que Luis Felipe Guerra, hombre "justo" en todo el sentido del término, ha salvado de la muerte. No hemos venido a recordar al ausente sino para acrecentar su presencia, a pesar de los diez años que partió de este mundo.

Siendo nuestra Universidad una Universidad confesional, donde el término "católica" no debe ser solamente un nombre sino que debe definir y tipificar su espíritu, no nutrimos ningún temor de hablar de la "comunidad de todos los santos", y de la unidad indisoluble que se da entre la Iglesia Militante, la Purgante y la Triunfante.

Luis Felipe Guerra, cuando ingresó a nuestra Universidad, en el año 1951, lo hizo no sólo para cursar determinadas especialidades y optar algunos grados y títulos. Trató de prepararse para ejercer el apostado en la profesión que debía desempeñar. Los que fuimos sus alumnos, podemos testimoniar que en sus clases, en sus charlas, en su vida toda, Luis Felipe ejerció siempre la docencia como un apostolado.

El instrumento de su apostolado cristiano fue la filosofía, la enseñanza de la filosofía, la presentación de la filosofía como reza el título de la última obra que publicara. Luis Felipe Guerra, esencialmente Maestro, se propuso presentar el Cristianismo a través de la filosofía. Toda su obra publicada tiene el carácter de presentación, de introducción a determinados temas y autores. Tal vez, en lo más hondo de su ser, siempre presintió que su vida terrenal sería corta, que no podía dejar obras acabadas y concluidas. Y con su sonrisa inalterable, expresión de su profunda fe, cumplió a cabalidad su misión: ser un Maestro. Que sus obras introduzcan a sus alumnos a una constelación de temas y autores que nunca habían sido estudiados en nuestra Universidad. Su gran mérito está en haber vislumbrado nuevos horizontes de investigación y haber tenido el valor de abrir las primeras trochas, a pie firme, en lo

* Texto de la conferencia leída en el acto académico realizado con motivo del décimo aniversario del fallecimiento de Luis Felipe Guerra (17 de octubre de 1984).

que era nuevo, no conocido y, por lo tanto, poco apreciado.

Uno de los rasgos más característicos de toda auténtica filosofía es su exigencia de interioridad. En el fondo, la interioridad es también la clave para interpretar lo que podríamos denominar la tradición de la filosofía cristiana. La interioridad fue la experiencia que puso en contacto a la Patrística con la realidad metafísica. Y hablar de interioridad y hablar de Patrística es hablar del siempre vigente San Agustín.

En "De vera religione", San Agustín nos dice: "Noli foras ire, in te ipsum redi; in interiore homine habitat veritas; et si tuam naturam mutabilem inveneris, trascende te ipsum". No quieras salir de tí, permanece en tí mismo, pues en el interior del hombre habita la verdad. Y sólo cuando descubras lo mutable y lo frágil de tu naturaleza trasciende a tu ser.

Para San Agustín el mejor y el único modo de encontrar a Dios es adentrándose en sí mismo, replegándose a las profundidades de la propia alma. Percibir que nuestra capacidad de amar está muy por encima de todo lo que podemos encontrar en este mundo. "Señor —repetía el Obispo de Hipona—, hiciste nuestro corazón para Ti, e inquieto está hasta que no descanse en Ti".

Toda esta experiencia agustiana, con la gran exigencia de interioridad que trae consigo, Luis Felipe Guerra elocuentemente la expresa en su obra, introductoria también ella, "¿Existe una sexta vía?" "Esta sexta vía —nos dice Luis Felipe— tiene algunas ventajas que no poseen las otras, pues como guía la búsqueda en el interior del hombre, éste siente más fácilmente el contacto divino" Luis Felipe Guerra, después de criticar la objeción fácil de considerar esta vía como algo meramente subjetivo, nos hace una descripción de la experiencia agustiana que lo llevó a descubrir a Dios, y en Él a la fuente de la verdad y de la vida que es la meta fundamental que, a su vez, se propone la filosofía, para terminar diciendo:

"Por estas razones el problema de Dios, a partir de la Sexta Vía, se vuelve un misterio. Pero no olvidemos que la palabra misterio no tiene el significado vulgar de algo que jamás podrá conocerse, sino el sentido de que lo oculto puede revelarse. Este hecho motiva la actitud especial de este punto: la actitud de búsqueda. Tal vez el gran error de nuestro tiempo respecto a Dios es buscarlo pero sin el sentido del misterio, o comprender que es un misterio pero que debemos renunciar a su búsqueda. Esta búsqueda, entonces, supone el compromiso personal, la entrega de toda nuestra realidad humana a la posibilidad de la comunicación que ya se ha insinuado a través de los temas anteriores; ellos nos han hablado de una cierta presencia en nuestro interior. Debemos ahora provocar la Teofanía en nuestra propia humanidad".

El extenso párrafo que hemos citado demuestra plenamente, entre otras cosas, que Luis Felipe Guerra se adentró en la filosofía con la óptica cristiana. No vaciló en expresar públicamente su fe que provenía de la fuerza interior que da el haberse encontrado consigo mismo por haber encontrado a Dios.

Otro de los rasgos importantísimos de la filosofía es su clara vocación universal. Hugo de San Víctor decía: "omnia disce, videbis postea nihil esse superfluum: coartata scientia iucunda non est". A la larga, nada es superfluo; una ciencia coar-

tada no es feliz ni es fecunda. No se puede poner límites al pensamiento, como decía Wittgenstein, sin salirse del pensamiento. Menos aún se puede pretender que la filosofía deba discurrir por un solo cauce. Al margen del dilema existencial de si se cree para entender o se entiende para creer, la filosofía se propone precisamente el entender, de ahí que su actitud fundamental no sea la de condenar sino la de comprender. Frente a escuelas y frente a autores que discurren por caminos distintos a los nuestros, el auténtico filósofo, más todavía si es Maestro y se propone introducir a otros por los caminos de la filosofía, lo que busca es comprender, encontrar la anhelada unidad en la aparentemente caótica diversidad.

Utilizando una frase de José Carlos Mariátegui, podemos decir que Luis Felipe Guerra era un hombre "con una filiación y una fe". Fue un auténtico apóstol del Cristianismo. Pero nunca cobijó en su alma la mínima actitud del inquisidor. Todo lo contrario, su actitud fue siempre abierta a escuelas y doctrinas distintas y hasta antagónicas de las que él profesaba.

En el año 1960, cuando todavía la obra de Teilhard de Chardin era vista con recelo por la Curia Romana, al punto de que existía la prohibición de que su obra fuese estudiada en los seminarios y escuelas de formación religiosa, Luis Felipe Guerra presentó su tesis doctoral sobre "La filosofía de la naturaleza en Teilhard de Chardin". En dicha obra, si bien Luis Felipe reconoce que "desde el punto de vista de la ortodoxia, Teilhard de Chardin no siempre ha conservado un criterio uniforme", afirma también que Teilhard de Chardin constituye dentro de la filosofía católica un planteamiento original, científico, capaz de posibilitar en la misma dirección un estudio fecundo" y que "Teilhard de Chardin ha demostrado cómo sería posible una explicación evolutiva dentro de la filosofía católica". Con toda razón, el Instituto Riva-Agüero, al publicar dicha obra de Luis Felipe Guerra, decía que "reunía las innegables virtudes de una vocación filosófica temprana, probada y abierta a todos los horizontes".

Dos años antes, en el año 1958, Luis Felipe había sustentado su tesis sobre "El Logicismo en Bertrand Russell" para optar el grado de Bachiller en Humanidades. Si miramos retrospectivamente, tendríamos que concluir afirmando que fue sorprendente cómo en el año 1958, Luis Felipe Guerra pudo preparar una tesis de esta naturaleza en nuestra Universidad. Y es que su actitud abierta, universal, lo condujo a ser un auténtico pionero. Poco importa que hoy, con los elementos de juicio con los que contamos, se pueda señalar más de un límite a dicha obra. El mismo Luis Felipe nos dice en su prólogo: "Como punto de partida, el material está limitado a las posibilidades de nuestro medio, donde los estudios lógicos aún no han tomado el auge que debieran; por este motivo siempre cabrá alguna omisión". Lo importante es que también con esta obra, Luis Felipe Guerra cumplió con su misión de ser introductor de temas y corrientes filosóficas en nuestra Universidad.

Esta vocación por lo universal lo lleva también a Luis Felipe, aunque parezca paradójico decirlo, a estudiar lo nuestro, a descubrir nuestra realidad y a analizar a nuestros pensadores. En aras de un falso academismo se consideró que no era tarea de un pensador "serio" el estudiar la obra aparentemente superficial de los pocos hombres que se han dedicado a pensar en nuestra América. El intentar siquiera

acercarse a ellos era casi visto como un descrédito intelectual. Luis Felipe Guerra introdujo también a los que fuimos sus alumnos en el pensamiento peruano y latinoamericano. Al respecto publicó dos pequeñas obras, una sobre Deustua y la otra sobre Manuel González Prada, cuya finalidad era la de introducir al estudio del pensamiento de estos dos hombres profundamente representativos de la intelectualidad peruana, a pesar de sus claras y profundas diferencias.

Años después, tuve la suerte de recibir no sólo el asesoramiento, sino el estímulo fraterno de Luis Felipe Guerra cuando preparaba mi tesis de Bachillerato en Humanidades sobre el pensamiento religioso de González Prada, y mi tesis doctoral de Filosofía sobre el Anarquismo de González Prada, sintetizadas luego en mi obra "El pensamiento de González Prada". Si algún mérito tuviese dicha obra, ello se debería en gran medida a la dedicación más que generosa que Luis Felipe me brindara y a su obra introductoria sobre el Maestro Prada.

Otra de las características fundamentales de toda auténtica filosofía es el compromiso. La Filosofía siempre ha sido el alma de la acción o de la praxis; no fue necesario esperar a Marx para que nos lo enseñara. La filosofía nunca se agotó en ser sólo un sistema conceptual, siempre se propuso iluminar la acción, realizarse existencialmente en una vida humana concreta.

En su obra póstuma "Presentación de la Filosofía", Luis Felipe Guerra habla de un modo de hacer filosofía: aquel que establece un compromiso con la realidad concreta, que "obliga al pensador a volcar su esfuerzo de investigación en su mundo circundante". Luis Felipe, en dicha obra, habla de "una suerte de filosofía aplicada, que ha sido duramente criticada por muchos filósofos, quienes señalan que esta labor no es la específica y que lleva al pensador a muchas tentaciones capaces de desfigurar su tarea". Sin embargo, "pese a las críticas —nos continúa diciendo Luis Felipe— grupos de filósofos sienten esta modalidad no como una simple modalidad, sino como una urgencia que brota de lo más profundo de su ser. Ante su mundo, no puede renunciar a decir lo que considera inevitable".

Este compromiso con la realidad circundante es mayor todavía dentro de un planteamiento cristiano que acentúa aún más el carácter de compromiso. De todo el Evangelio, y de un modo especial de San Juan Apóstol, se puede inferir que el único modo que tenemos de amar a Dios, a quien no vemos en esta vida terrena, es amar a nuestro prójimo, a quien sí vemos. En este punto, sin embargo, hay que evitar peligrosos malentendidos.

Es cierto que la actitud de todo filósofo, y también la del filósofo cristiano, es una actitud abierta, de comprensión, de diálogo. Pero el esfuerzo de comprender a quien piensa de modo distinto no significa que me obligue a pensar y/o a obrar como él. El diálogo tiene un doble sentido: me impulsa tanto a comprender el punto de partida del oponente como a percibirme como distinto a él. De otro modo, simple y llanamente se acabaría el diálogo.

En primer lugar, hay que recordar que el Cristianismo no es una filosofía sino una religión; no es un sistema, sino un mensaje; no se funda en la razón, sino que estriba en la revelación; no se demuestra, se predica; no se comprende, se cree. Hay una visión cristiana del mundo que es diametralmente opuesta a todo lo que

sería una visión meramente humana del mundo. Ya San Pablo había señalado que la sabiduría a los ojos de los hombres era necedad a los ojos de Dios, y la sabiduría a los ojos de Dios era necedad a los ojos de los hombres. San Pablo no temió afirmar explícitamente que la auténtica vida cristiana puede ser vista como una locura para un criterio meramente humano. Y en el fondo el Cristianismo es eso: "la locura de la Cruz".

No se puede, por tanto, sin desnaturalizar el Cristianismo, tratar de interpretar su praxis con métodos completamente ajenos, que parten de una cosmovisión distinta y que se proponen objetivos completamente diferentes. Como el mismo Cristo nos enseñó, una cosa es el reino de este mundo, y otra cosa el reino que no es de este mundo. Una cosa es edificar el reino de este mundo, y otro el edificar el reino que no es de este mundo. Los métodos y los objetivos no sólo son distintos, sino que son necesariamente antagónicos. Y aquí no vale la objeción de que hay que ser científicos. No sólo por el carácter coyuntural y momentáneo que tiene el término "científico" cuando se aplica a un hipótesis y a un método concreto. Sino también a que, hoy en día, la misma ciencia ha descubierto sus límites y ha tomado conciencia de su incapacidad para explicar e interpretar lo trascendente. En esos temas, lo mejor que puede hacer la ciencia, para usar una frase de Wittgenstein, es callarse. Y una de las grandes lecciones que nos han dado los auténticos científicos contemporáneos es el haber demostrado que saben callarse en lo que el científico sólo puede callar.

Pero una cosa es rechazar una teología y una praxis supuestamente cristiana que trata de apoyarse en sistemas que sólo se proponen la conquista de este mundo, y a pesar de que haga gala de ser "científica", lo que de hecho es discutible, más todavía hoy en día donde el término "científico" ha perdido todo contenido gnoseológico en muchos sectores, para convertirse sólo en una terminología política. Una cosa, repito, es ese rechazo y otra cosa el desconocer que el Cristiano como hombre tiene un deber y un compromiso político de construir un mundo más justo y solidario. Aquí sí se puede utilizar un planteamiento de la ciencia actual, en este caso no política sino gnoseológica, que es la teoría de los niveles, tanto en su aplicación filosófica como lingüística.

Luis Felipe Guerra tuvo ideas muy claras al respecto. Recuerdo que sobre este punto mantuvimos largas conversaciones. No cayó jamás en la tentación, tan fuerte al inicio de la década del setenta, de identificar el reino de Dios con el reino de este mundo. Pero, por otro lado, siempre expresó, de modo pleno y radical, su compromiso humano con el mundo circundante.

Este compromiso humano lo manifiesta elocuentemente, en una pequeña obra introductoria pero precursora, que habría que rescatar del olvido por la mayor vigencia que va teniendo al transcurrir el tiempo, "Un plan de comprensión del Perú". En dicha obra, Luis Felipe nos dice:

"Nuestro punto de partida está enraizado en la situación existencial del Perú. Pero resulta que el Perú está inscrito en una circunstancia peculiar que tipifica su ubicación histórica: precisa un cambio fundamental en su modo de vida, en la estructuración de su sociedad. Esta necesidad ni es accidental ni puede ser superficial;

el cambio que exige el país y en el cual piensan las últimas generaciones brota de la situación verdadera que se vive y, además, revela que tiene una exigencia de radicalidad. Esta circunstancia se ha hecho conciencia y se ha iniciado una lucha constante por alcanzar la transformación que requiere la realidad peruana”.

El fragmento citado, sin lugar a dudas, tiene mayor vigencia hoy que cuando fue escrito. Es importante señalar que cuando Luis Felipe Guerra traza su plan de comprensión del Perú lo hace como filósofo. No se deja deslumbrar por una terminología de moda y aparentemente efectivista. Su mirada es de profundidad. Es significativo, por ejemplo, el siguiente párrafo:

“... la realidad peruana no puede ser comprendida en forma de elementos individuales, debemos hallar los grandes grupos sociales que lo constituyen esencialmente. Ya esta afirmación descarta ciertas interpretaciones como la simplista para el nivel filosófico de clase social, pues puede suceder que varias clases sociales tengan la misma experiencia en común, compartan los mismos ideales de vida, y entonces no es grupo social sino meramente un subgrupo. ¿Cuáles son los grupos sociales verdaderos? Consideramos que en nuestra patria sólo existen dos: el grupo occidentalizante, que intenta por todos los medios semejarse a los europeos o a los “americanos”, grupo que usa la técnica y trata de hacer ciencia, y frente a él otro sector del todo distinto: todo el sector indígena... Este grupo, el indígena, vive en un mundo aparte del occidental... ¿Cómo se relacionan estos grupos?... Nuestra primera afirmación reside en admitir que entre ellos no hay comunicación sino enfrentamiento”.

El párrafo citado tuvo el trágico carácter de lo profético. La gran intuición que tuviera Luis Felipe, hace casi veinte años, se demuestra hoy con una secuela de dolor, de muerte y de náusea que casi nos amilana. Si los científicos entre comillas, si los políticos sin o con teología, hubiesen tenido la misma percepción, el alcance de visión del filósofo Guerra, cuánto dolor y cuánta miseria no se hubiese evitado, y hoy en día, nuestra patria no tendría ese crespón negro, expresión de dolor y muerte y que llena de zozobras nuestro futuro inmediato.

Nuestra Patria, como decía González Prada, requiere una cruzada de redención moral. Este carácter espiritual de nuestra transformación nacional, Luis Felipe también lo expresa en el párrafo con el que concluye su Plan de Comprensión del Perú: “por el camino de la técnica y la ciencia exclusivamente podríamos transformar al Perú, pero podría ser un Perú sin alma. Recordemos aquí que Marcel denuncia la inhumanidad del medio técnico creado por los países desarrollados, allí el hombre no puede vivir, pero en verdad el hombre precisa una casa para habitar”. Y este debe ser el doble sentido de una revolución peruana.

Todo lo dicho demuestra, más que satisfactoriamente, el gran significado que tiene Luis Felipe para nuestra Universidad. Su tránsito por nuestros claustros fue plenamente fecundo. La vida no le permitió cosechar una obra acabada pero fue un auténtico sembrador de ideas y de proyectos que deben desarrollarse y dar su fruto. Fué un auténtico Maestro, un cristiano convencido, por lo que ha trascendido a la muerte incluso acá en la tierra.

Por otro lado, Luis Felipe Guerra tuvo no sólo su gran mundo circundante,

sino también su pequeño mundo, esto es, su familia. El recordar hoy día a Luis Felipe nos lleva al siempre renovado aprecio por Mimma, su esposa, a quien tanto debo no sólo en mi formación académica, sino fundamentalmente en mi compromiso con la filosofía. Nos lleva a la alegría primaveral de apreciar a esa auténtica flor alpina que es Edelweiss, y al recuerdo sereno de haber estado en contacto con un auténtico ángel de Dios en la persona de Milagritos.

Luis Jaime Cisneros, en uno de los discursos más hermosos y sentidos que se pronunciaron en el entierro de Luis Felipe, señaló el dolor del Maestro al ir a sepultar a su alumno. Lo opuesto fue también cierto. Fue muy doloroso a los alumnos de Luis Felipe el llevar a enterrar a nuestro Maestro.